

EL CASO ROSENBERG

«somos las primeras víctimas del fascismo norteamericano»

El 19 de junio pasado se cumplieron veinticuatro años desde la ejecución, en la silla eléctrica, del joven matrimonio Rosenberg, en los Estados Unidos. Acusados, con pruebas que hoy se saben falsas, de espías

soviéticos, son al igual que Sacco y Vanzetti, los mártires de Chicago y los pobladores de la aldea vietnamita de My Lai —entre tantos otros—, víctimas-símbolos del país que se pretende adalid de la democracia.

MARIANO LESSEPS

Ustedes sabrán, mis hijos sabrán por qué dejamos la canción sin el libro por leer, (cantar, la obra sin terminar para bajo la tierra reposar.

Ethel Rosenberg,
de Si morimos

CUANDO en 1949, cuatro años después que se arrojara la bomba atómica sobre Hiroshima, la URSS detonó su propia bomba de hidrógeno, el Gobierno de Estados Unidos desató una violenta campaña anticomunista. El entonces representante Richard Nixon señaló entonces que no se había actuado con suficiente eficacia contra los "espías rojos" y exigió que se investigara a fondo la red de espionaje.

La histeria de una sociedad despolitizada y las necesidades reales de la clase dominante de USA por preservarse se combinaron para desembocar en una caza de brujas, no sólo contra comunistas, sino contra cualquier disidente del sistema. Esta campaña adoptó, en 1953, su tono institucional bajo el liderazgo de Joseph McCarthy, presidente del Comité Permanente de la Cámara Alta para Investigaciones.

Había terminado la segunda guerra mundial, y los soldados americanos estaban, otra vez, peleando en Corea. El peligro externo había cambiado de signo: vencido el nazismo, llegaba la hora de combatir el comunismo en el mundo y en la propia casa. Y Estados Unidos se adjudicaba el papel de salvador en función de sus intereses: salía de la guerra como vencedor absoluto, acreedor, líder en la reconstrucción de Europa y en vías de apropiarse, bajo nuevas formas imperialistas, de la periferia colonial. Dos factores, al menos, obligaban a su fervoroso anticomunismo: primero, la necesidad de controlar toda posible subversión del orden capitalista a escala mundial; segundo, alentar una defensa compulsiva del *status quo* que le diera una cubierta apropiada a una economía de guerra que iba a continuar en épocas de paz, y sin la cual no se desarrollaría el capitalismo monopolista.

Paranoia y delación

A partir de la ejecución en 1953 de Ethel y Julius Rosenberg se realizaron diversas investigaciones, que fueron dejando a la luz la corrupción que reinó en el caso. Aprovechando las fisuras que Watergate produjo en el sistema, los hijos de los Rosenberg —Michael y Robert Meeropol— comenzaron a centralizar la labor de investigación y a pedir la reapertura del caso. Su intento trasciende la mera reivindicación de sus padres ante una justicia injusta: se transforma en un acto político y se cuestiona un sistema.

El Gobierno se ha precavido: el FBI admite tener cerca de un millón de documentos sobre el caso Rosenberg en un momento. Posteriormente entrega a publicidad unos 70.000, obligado por la "Ley de Libertad de Información" y afirma que el resto se ha perdido o fue quemado. Michael

y Robert niegan esto; opinan que de cada documento existen hasta seis copias distribuidas en oficinas de todo el país.

De todos modos, con lo conocido ha quedado definitivamente en evidencia que las pruebas no alcanzaban para condenarlos; más aún, que fueron fraguadas. Con lo que no se conoce se supone que quedaría en claro que hubo una conspiración entre el fiscal, el juez, el Departamento de Justicia y altas esferas del poder para utilizar a los Rosenberg como chivos expiatorios.

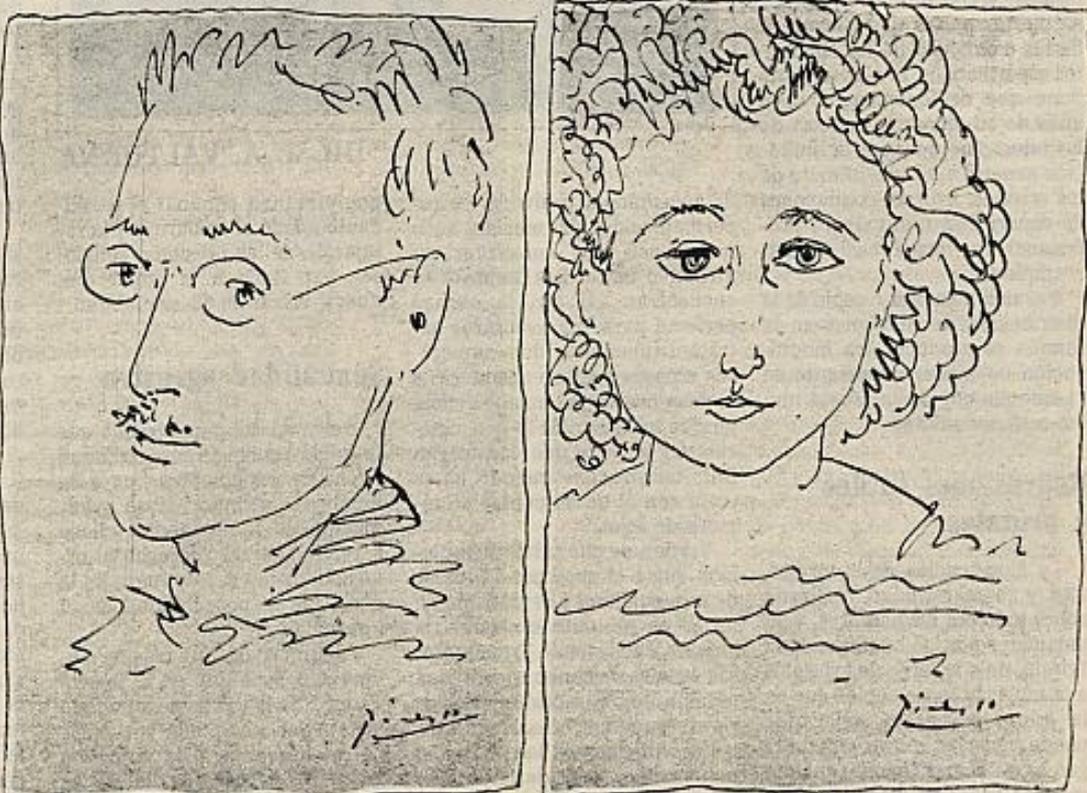
Los Rosenberg, dos jóvenes de origen judío, antifascistas, ligados a luchas obreras y sindicales de la década del 30 y el 40, fueron acusados de pertenecer a una red de espionaje de la que participaban David Greenglass, hermano de Ethel Rosenberg; su esposa, Ruth; Morton Sobell, ex compañero de estudios de Julius, y un empleado de una planta atómica, Harry Gold.

Greenglass, su esposa y Gold salvaron sus vidas mediante el

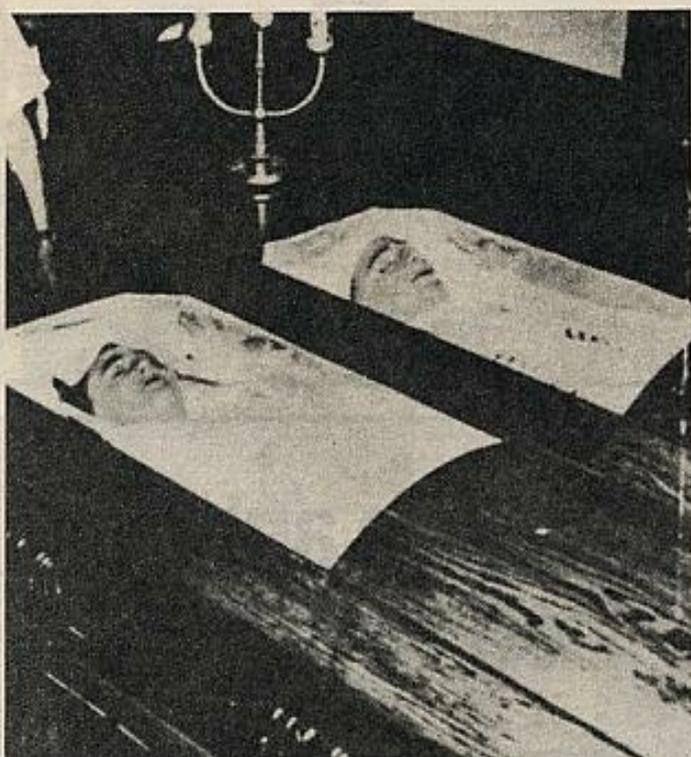
perjurio: acusaron a los Rosenberg. El Gobierno de Estados Unidos, con la prensa como agente de agitación a su favor, señaló a la pareja como conspiradora. Sus antecedentes políticos otorgaron credibilidad a la maniobra.

Acusados de conspiración, los Greenglass fueron los únicos testigos de importancia. Como lo han expresado Michael y Robert, "este testimonio verbal era todo lo que necesitaba el fiscal para construir su acusación, si el Jurado creía a sus testigos". Más tarde, el Tribunal de Apelaciones diría que "si se desechaba el testimonio de los Greenglass es indudable que no podía mantenerse la condena".

Fichas de registro en un hotel falsas, fotos trucadas, testigos dictados por la Policía —como lo atestiguará años después un propio agente del FBI— y supuestos "planos nucleares" que los científicos del Instituto Tecnológico de Massachusetts calificaron de "esquemas ridículos, un dibujo



En sus cartas desde la cárcel no perdieron la visión de la realidad que los condenaba y siguieron luchando por preservar digna su vida, la de sus hijos y la del pueblo norteamericano. En la foto: los Rosenberg vistos por Picasso.



Fotos trucadas, testigos dictados por la Policía, supuestos planos nucleares, calificados por los científicos de "esquemas ridículos", son las pruebas que llevaron al matrimonio Rosenberg a la silla eléctrica el 19 de junio de 1953. En la foto de abajo, Irving R. Kaufman, el juez que presidió el proceso, y arriba, Ethel y Julius Rosenberg durante el mismo.

infantil incapaz de decirle nada a nadie" fueron las pruebas. También una mesa con "compartimientos secretos" que los Rosenberg tenían en su casa; "un regalo costoso de Moscú", según el fiscal, pero que nunca llevó a juicio, pues no tenía tales compartimientos y había costado 21 dólares en las tiendas Macy's de Nueva York. Y con estas pruebas se los condenó a morir electrocutados.

Barrotes de acero al frente

Hace pocos meses han sido publicadas en Cuba (1), junto con otros materiales sobre el ca-

so, las cartas que el matrimonio Rosenberg enviara a sus hijos, abogado, e intercambiara entre sí durante los tres años de prisión. El discurso de ambos es un canto a la vida, un rescate de la Humanidad, un elogio a la capacidad del hombre de transformar el mundo, y por ello es un lúcido discurso de amor y denuncia. Leídas veinticuatro años después se percibe claramente una radicalización política en Julius y Ethel a medida que la justicia del sistema va mostrando su cara verdadera. Desde la prisión no pierden la visión de la realidad que los está condenando y luchan por preservar digna su vida, la de sus hijos, y la del pueblo norteamericano.

El 20 de mayo de 1951, Ethel le escribe a su esposo: "Me arrojé ante una grieta en el concreto, llena de tierra cuidadosamente acumulada que procede de la parte inferior del musgo, motas pequeñas, aterciopeladas, que se adhieren a las zonas húmedas y frescas del patio donde los rayos del sol penetran rara vez. En esa grieta, una semilla de manzana sembrada por mí, y que he regado con paciencia, germina valientemente".

Poco antes, Julius le ha dicho: "El Departamento de Justicia no tendrá éxito en su campaña para presionarnos física y emocionalmente, a fin de que permitamos que se nos utilice como peones para fines políticos".

En marzo de 1951 han sido condenados a muerte. "Considero vuestro crimen peor que el asesinato", dijo el juez Kaufman durante la lectura de la sentencia, y responsabilizó a la pareja de "la agresión comunista en Corea, con las bajas resultantes que pasan de 50.000, y quién sabe si tendrán que pagar el precio de vuestra traición millones de gentes inocentes". En tanto, los diarios anunciaban que la primera bomba que dispararan los rusos caería sobre Nueva York.

El 19 de abril de 1951, Julius describe su celda: "Tres pasos de ancho, cuatro de largo y siete pies de altura. El techo está formado por una malla de alambre fino. Una bombilla lucha en vano por arrojar su mezquina luz a través del polvo acumulado (...)". Y prosigue: "Barrotes de acero al frente, una malla de alambre al fondo, planchas de acero a los costados". En ella lee, piensa en Ethel y sus hijos, aguarda que "se hagan evidentes los hechos reales y se ponga al desnudo este complot político", y canta una hora por día, "música folklórica, canciones obreras, del pueblo, tonadas populares y trozos de óperas y sinfonías".

En el mes de mayo, Julius lamenta la ejecución de Willie McGee, un negro acusado falsamente de violar una blanca, y afirma que se pretende aplicar desde ahora los mismos métodos con los presos políticos. "Hay que contestarles con la razón y con hechos".

En ese mes las autoridades de la prisión permiten que se vean: él encerrado en una jaula frente a la celda de ella, en la sección de mujeres del Pabellón de la Muerte.

"Combatimos el fascismo, por eso estamos condenados"

El 30 de junio de 1951, Ethel a Julius: "Aunque parezca desalentada y que se debilita mi confianza, sepan aquellos que quieren destruirme a mí y los míos, que resistiré con la cabeza bien alta y el ánimo entero". Y agrega en español: "¡No pasarán!".

La cita no es casual. En 1939, poco después de casados, Ethel y Julius formaban parte de la Federación de Arquitectos, Ingenieros, Químicos y Técnicos, la cual recaudaba fondos para huérfanos de la guerra civil española. Más tarde, durante el juicio, se utilizaría como prueba contra ellos una hucha que guardaban con la inscripción Salve a un niño republicano, volvere-

(1) Seremos reivindicados por la Historia, Ethel y Julius Rosenberg. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1977.

EL CASO ROSENBERG

mos. En una carta, a su abogado, Julius dirá: "Admitimos que somos antifascistas fervientes. No sólo donamos dinero para ayudar a los refugiados, sino que recaudamos fondos y firmas para ayudar a la causa republicana". Y añade: "Combatíamos el fascismo. Por eso estamos condenados y nos quedan 42 días de vida..."

En febrero de 1952 se rechazaba la apelación y en marzo Julius escribe a su esposa que todas las esperanzas depositadas en los jueces han sido ilusiones. "Nuestra única esperanza está en el pueblo. El rígido terror ante la inminente sentencia de muerte no cambia eso. Sólo el pueblo puede detener este linchamiento legal".

En septiembre, Ethel les comunica a sus hijos —que son rechazados por una parte de la familia y por casi todo el medio social— que se sienten orgullosos de ellos y les aconseja que hagan lo más valioso que puede hacer un adulto o un niño: "crecer y cambiar".

En diciembre de 1952, Julius cuestiona el accionar de la prensa, que se ha puesto del lado de "los hermanos de la fraternidad de los monopolios" en todas las cuestiones claves que sustentan el sistema. En otra carta recuerda sus experiencias en Harlem, la injusticia contra los negros, sus luchas estudiantiles y contra el fascismo. "¿Puedo ahora negar todas las verdades que conozco? ¿Puedo negar los principios que en tan gran medida forman parte de mí? Jamás podré hacerlo".

En diciembre también asegura Julius que sus hijos, el día que puedan leer todas las hojas del expediente sabrán de su inocencia, y se pregunta: "¿Podrá alguna vez el juez Kaufman explicar su proceder a sus propios hijos, quienes algún día leerán los hechos?".

En enero de 1953 reafirma la inocencia y el carácter de complot político de la causa y afirma: "No se apresuren, caballeros, en conectar el conmutador. Recuerden, este asunto es un arma de dos filos. El mundo está observando la actuación de nuestro Gobierno".

La justicia no se vende al mejor postor

En el mismo mes Ethel envía una larga petición de clemencia al Presidente de los Estados Unidos en la que reafirma la inocencia de los dos, la voluntad de vi-

vir, construir y el carácter viciado del juicio, de lo cual presenta evidencias.

A fines de mayo de 1953 se confirma, pese a los esfuerzos de los pocos abogados que aceptaron defenderlos, la pena de muerte. El 2 de junio, la Secretaría de Justicia les ofrece conmutar la pena a cambio de una confesión y la delación de "otros culpables". Los Rosenberg contestaron con una carta pública: "La justicia no es una fruslería que puede venderse al mejor postor". "Al pedirnos que renunciemos a la verdad de nuestra inocencia, el Gobierno confiesa sus dudas en cuanto a nuestra culpabilidad (...) Solemnemente declaramos, ahora y para siempre, que ni siquiera bajo pena de muerte se nos obligará a dar falso testimonio y ceder a la tiranía nuestros derechos de americanos libres".

El 18 de junio, Julius escribe su última carta: "Nunca ha sido tan intenso mi amor a la vida, porque he visto cuán hermoso puede ser el futuro". "Por la paz, el pan y las rosas con sencilla dignidad, nos enfrentamos al verdugo con coraje, confianza y esperanza". Ethel, por su parte, dice: "No estoy sola, y muero con honor y dignidad, sabiendo que mi esposo y yo seremos reivindicados por la Historia". Y agrega: "Somos las primeras víctimas del fascismo norteamericano".

Fueron ejecutados el día 19, su fecha de bodas. En todo el mundo hubo pedidos de clemencia, desde el Papa hasta la hermana de Bartolomeo Vanzetti, desde Picasso —"las horas están contadas, escribió en L'Humanité. Los minutos están contados. No permita que se cometa este crimen contra la Humanidad"— hasta Albert Einstein.

El día 19, pese a todo, el Presidente Eisenhower negó la clemencia. Ethel escribió a sus hijos horas antes de morir: "Apenas esta mañana parecía que después de todo podríamos estar juntos nuevamente. Ahora que ya no puede ser, deseo tanto que sepan todo lo que yo he llegado a saber. Desgraciadamente, no puedo escribir más que unas pocas palabras sencillas; la vida les enseñará el resto, como la mía me lo enseñó". Y más adelante: "Los conformará saber que, incluso en esta hora, cuando nuestras vidas se aproximan lentamente a su fin, conocemos esta verdad —que la vida vale la pena ser vivida— con una convicción que derrota al verdugo". Y antes de despedirse escribe: "Siempre recuerden que fuimos inocentes y que no pudimos violentar nuestra conciencia". ■ M. L.

La sonrisa de un niño no tiene precio.

Y cuesta tan poco...

La sonrisa de un niño probablemente, tenga poca importancia para usted. Pero es algo natural en su vida. Es el reflejo de una existencia sin problemas vitales. Esta ocasión, invitado a ver a la gente que porque es feliz, está sano, tiene vida. Pero en el mundo hoy millones de niños que no saben lo que es ser. Que sólo conocen el hambre y la enfermedad.



Que se ríen de risa. Unos niños de los que nosotros (o incluso cuando reímos) y que podemos salvar con muy poco dinero. Devuelva la vida a un niño. Hágase socio de Unicef. Porque, en cualquier lugar del mundo, puede haber un niño lleno de vida, sonriente y feliz, gracias a usted. Y esto no tiene precio.

unicef

Fondo de las Naciones Unidas para la infancia
Agencia de Compras 12 021, Madrid

Ruego me envíen más información sobre Unicef!

Nombre: _____
Dirección: _____
Ciudad: _____ Dpto.: _____
Teléfono: _____

Envíe la solicitud de UNICEF, fondo de las Naciones Unidas para la infancia, a la Agencia de Compras por Internet en un correo electrónico.

Lea este anuncio en voz alta.

¿Cuántos pueden oírte?
¿Cuántos, a su alrededor, pueden leer igual que usted?
En voz alta o baja. Pero de viva voz. Si piensa que todos deberían poder hacerlo.
Si cree que todos tienen derecho a comunicarse igual que usted.
Si quiere hacer algo por ese mundo de silencio que por serlo, apenas percibimos...
Suscríbete a PROAS, la revista de Promoción y Asistencia a Sordos. Es una ayuda callada. Y eficaz.



(Gracias).

Todo posible beneficio que se obtenga en la revista PROAS será destinado a la ayuda y promoción de los sordos.

Desee suscribirse a la revista PROAS
 Por un año Por dos años Por tres años
Precio suscripción anual, España y Portugal 300 pes.
Subscripciones por vía aérea:
Europa 350 pes. EE. UU. 400 pes. Latinoamérica 400 pes.

Recorte y envíe este cupón a PROAS, Velázquez, 4 Madrid-1

Nombre y apellidos _____
Dirección _____

Es una promoción asistencial de La Fundación General Mediterránea.